

R e s e ñ a

Luis R. Oro Tapia

“Max Weber: la política y los políticos. Una lectura desde la periferia”

CAIP - Ril Editores, Santiago 2010, 148 páginas

ISBN 978-956-284-743-8

Por Francisco Vega Méndez*

Agradezco el honor de esta invitación para presentar el nuevo libro del profesor Luis Oro titulado *“Max Weber: la política y los políticos. Una lectura desde la periferia”*. Se trata de cuatro ensayos en torno a uno de los pensadores más lúcidos de la política que en el mundo han sido: Max Weber, quien pensó y escribió desde una perspectiva afín al denominado realismo político.

I. WEBER Y LA TRADICIÓN DEL REALISMO POLÍTICO

El primer ensayo tiene como título “El problema ético del poder en Max Weber. Apostillas a las páginas finales de *La política como profesión*”. Como destaca el profesor Oro, el realismo —en general— es una concepción del mundo que se caracteriza, como dice un poeta, por mirar la realidad a la cara, aunque deje cicatriz, por intentar comprender la realidad desde ella misma, sin velos y, sobre todo, sin confundirla con nuestros deseos. Es, pues, una actitud que requiere cierto raro coraje.

El realismo, en este sentido amplio, tiene antecedentes remotos en los trágicos griegos. En historiadores como Tucídides y Jenofonte. En algunos mal llamados pre-socráticos como Demócrito y Heráclito. En los denostados sofistas, como Trasímaco y Calicles. En poetas como Lucrecio y Ovidio. Su mirada es tan lúcida y su praxis tan difícil al igual que el arte de amar o de desamar.

* Profesor de Derecho Político y Constitucional, con estudios de postgrado en ciencia política, filosofía política y derecho político en Chile y España.

Con Maquiavelo —que prefigura la secularización del mundo moderno, dando así inicio al zarandeo del andamiaje normativo de la escolástica— estamos en presencia de los rasgos característicos del realismo político; una concepción antropológica prudentemente pesimista, la presencia del conflicto en las relaciones humanas y la autonomía de la política.

Max Weber se inscribe en esta línea de pensamiento. Su lucidez, según revela este primer ensayo, radica en no separar la política de los políticos; esto es, de la condición humana, en fin, de la realidad. Luego, el realismo político es expresión de una perspectiva realista más amplia.

Respecto de las virtudes del político, Weber, señala el profesor Oro, da una respuesta breve y contradictoria a la vez, como es la vida misma. Porque la política participa necesariamente de la condición humana breve y contradictoria.

De este modo, el realismo político señala que no hay reglas fijas, absolutas y universales para la política; como tampoco las hay para la vida.

Y así, como la política no puede ser evaluada en plenitud mientras está en desarrollo, y sólo a posteriori se dirá si fue una buena o mala política. Así también ocurre con la vida según ya sabían los latinos clásicos, cuya prudencia aconsejaba esperar el fin de la vida de un hombre para evaluar si fue feliz.

De modo que si el político requiere pasión, responsabilidad y distancia, la virtud que orienta su acción es la distancia, esto es, una cierta prudencia que no puede ser definida en términos universales, sino más bien en forma casuística, como hizo Maquiavelo en *El Príncipe*.

La agudeza de Max Weber pensado por el profesor Oro, consiste en configurar al político sin separarlo de la realidad.

De modo que cuando el político enfrenta conflictos externos o consigo mismo, este conflicto opera en el nivel de las pasiones; no en el de la razón, tal como le ocurre a los electores.

Max Weber es, sin duda, un digno representante de la línea política de Maquiavelo. Su justamente célebre distinción, siempre tensa, entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad, se prefigura en la distinta funcionalidad política de la ética cristiana y de la ética pagana en Maquiavelo.

La distinción entre ética de la convicción y la ética de la responsabilidad, como bien destaca el profesor Oro, tiene aplicación en otros ámbitos, y no sólo en la política.

Otro aspecto que quisiera destacar es la denominada dimensión trágica de la política. Nuevamente esta dimensión es parte de toda actividad humana.

En primer lugar, porque no existen valores absolutos, universales e intemporales. No hay algo parecido a una justicia o verdad absoluta. Al contrario, la afirmación de una especie de absolutismo moral suele conducir a posiciones fundamentalistas. Ya señalaba Rabindranath Tagore que hay que temer a los buenos que quieren hacer a todo el mundo bueno, aunque sea a palos.

Pero la dimensión trágica de la política también aparece en la llamada incommensurabilidad de los valores, esto es, en la imposibilidad de jerarquizarlos rígidamente.

Pero, además, esta dimensión trágica aparece también en el hecho de que los valores o fines últimos del hombre suelen entrar en conflicto entre sí.

Finalmente, porque la condición humana entrelaza pasiones y razones en su acción y, demasiado frecuentemente, la razón cumple una función *ex post* de justificación de las pasiones.

Este primer ensayo de impronta política claramente realista parece escrito con una lúcida melancolía que lo acompaña como una especie de bajo continuo, que parece ser el precio de la lucidez.

Parece recordarnos, por ejemplo, que en una democracia más que malos políticos, hay malos electores.

II. WEBER Y SCHMITT

El segundo ensayo enfrenta las afinidades y discrepancias de Max Weber con un influyente pensador con quien comparte premisas fundamentales del realismo político, tales como la autonomía de la política, su carácter coercitivo, la presencia del conflicto y una perspectiva pesimista de la condición humana. Ese pensador es Carl Schmitt.

Las discrepancias son, sin embargo, muy marcadas, pues si Weber piensa la política desde el contexto del Estado, Schmitt lo hace en forma más amplia; si para Weber el conflicto en el contexto estatal es un conflicto normado, no ocurre así en Carl Schmitt, en fin, si en Weber la política es una actividad continua en el quehacer humano, para Schmitt se caracteriza por la discontinuidad, por la excepción.

La concepción política de Weber es, desde luego de mayor aplicación que la de Schmitt que sólo operaría para situaciones de gran intensidad de conflictos. Hoy en el ámbito internacional, y en el ámbito estatal sólo en casos de quiebre institucional, revoluciones, golpes de Estado, o guerra civil.

Hay, sin embargo, una última diferencia que quisiera destacar y que convierte a Schmitt en un pensador de un realismo muy particular, pues en su pensa-

miento político aparecen como telón de fondo ciertas creencias trascendentes que están ausentes en el pensamiento agnóstico de Weber, y que lo lleva a pensar la política desde el plano de la inmanencia a este mundo.

III. WEBER Y SHAKESPEARE

El tercer ensayo “Invocación de Max Weber al soneto 102 de Shakespeare”, a partir de los versos del poeta utilizados por Weber en su discurso ante la juventud alemana de la primera post-guerra, intenta discernir entre el enamoramiento y el amor, y en clave política su equivalencia entre el entusiasmo y la vocación. Soñar requiere primero el coraje para mirar la realidad desnuda. Del mismo modo que Baudrillard señala que el seductor ya está seducido, el desencanto requiere previamente un encantamiento.

La preocupación de Weber apunta al desencanto de quienes, impulsados por ideales o convicciones, se acercan con entusiasmo a la política para descubrir —posteriormente— que en ella los intereses suelen disfrazarse de nobles principios.

Nuevamente, sólo el realismo en política puede transmutar el entusiasmo en vocación. Para ello se necesita, invirtiendo los versos que Yourcenar atribuye al emperador Adriano, la experiencia de entrar en la vida con los ojos abiertos.

IV. ¿POLÍTICOS VOCACIONALES O POLÍTICOS PROFESIONALES?

El ensayo final “Reseña a la traducción de Joaquín Abellán de *“La política como profesión”*”, destaca el interés comparativo que posee esta traducción, particularmente al concebir la política como profesión y no como vocación. Los fundamentos son rigurosos y claros. En efecto, si la voz pasión es utilizada por Max Weber para referirse a tres aspectos del comportamiento humano —como motivación para algo, como actividad orientada hacia un fin—, uno de ellos es como vocación. Luego, si las virtudes del político —pasión, responsabilidad y distancia— implican la prudencia y experiencia necesaria para dominar las pasiones. La vocación del político aparece como un elemento necesario pero insuficiente. Sólo en el político profesional confluyen estas virtudes.

V. CONSIDERACIÓN FINAL

Según Margarite Yourcenar, no hay nada más lento que el nacimiento de un hombre. La invocación a los ojos abiertos ante la realidad en general, y ante la realidad política en particular, expresa la lucidez de estos ensayos escritos desde la

periferia por el profesor Oro a partir del pensamiento de Max Weber y cuya reunión en este libro celebro en este acto, porque apuntan desde sus contornos al núcleo de la realidad política.

Santiago, primavera de 2010.